

LA REVOLUCION COMO REVELACION

EDUARDO GALEANO

1 Estas notas, que sólo quisieran ayudar al diálogo, nacen de un aspecto poco difundido de la experiencia revolucionaria de Nicaragua. Son reflexiones formuladas a partir de las perspectivas culturales que nos está abriendo a todos los latinoamericanos, el fecundo y asombroso proceso de la revolución sandinista.

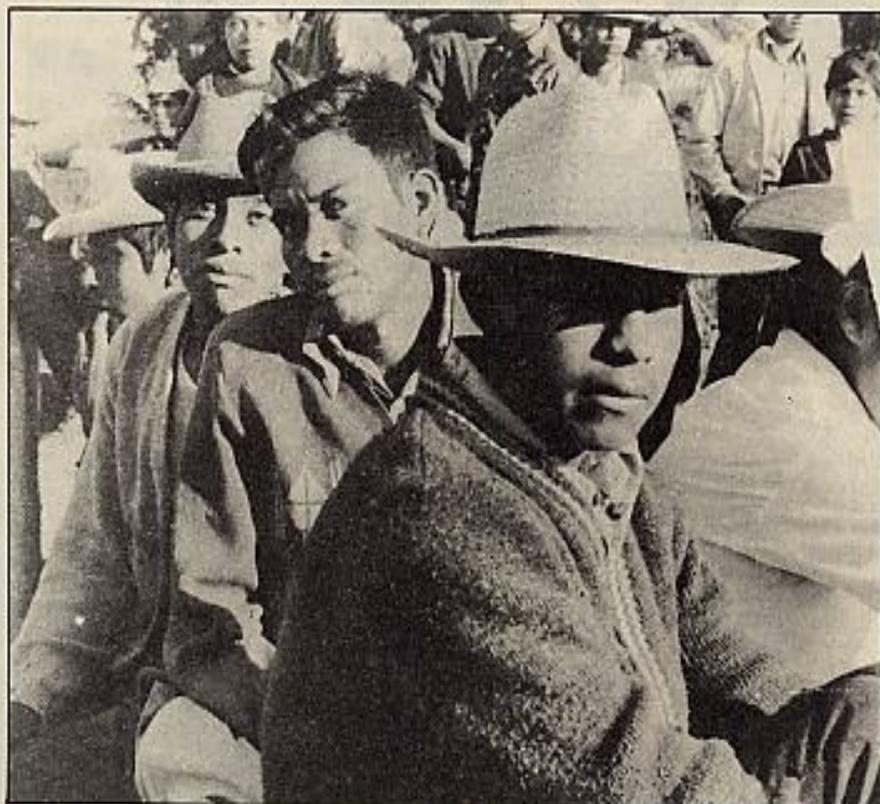
La guerra popular no sólo ha hecho posible el desmantelamiento de las bases de poder de la familia Somoza y la recuperación de los recursos naturales usurpados por el imperialismo. Además ha tenido formidables consecuencias en todos los planos, ha sacudido violentamente todas las ramitas del árbol de la vida y está haciendo brotar flores y frutos hasta ahora desconocidos para los propios nicaragüenses.

El rescate de la cultura popular y la revelación de la pluralidad cultural del país integran el proceso de *nicaragüización* de Nicaragua, tanto como las nacionalizaciones del sistema bancario, del comercio exterior y de las industrias básicas. El país ignoraba su propia cultura, o sólo conocía de ella el fragmento correspondiente a sus espléndidos poetas y a sus escasos centros de educación; y el país se creía reducido a poblaciones de habla castellana de la costa del Pacífico. Tiempo de la revolución, tiempo del asombro: mucho más han descubierto los guerrilleros, en los años de lucha armada, y los alfabetizadores en estos últimos dos años, que los conquistadores españoles hace cuatro siglos y medio. Nicaragua se multiplica en extensión y en profundidad. Los muchachos de las brigadas de alfabetización han enseñado, pero sobre todo han aprendido: han conocido, por lo menos un poquito, los países secretos que el país contiene y se han asomado, en zonas donde la guerrilla no había llegado, a la ignorada sabiduría y a la insólita capacidad de hermosura de campesinos condenados a la muerte temprana por el hambre, la tuberculosis y la malaria.

A medida que se procesan los miles de *cassettes* que los alfabetizadores grabaron montaña adentro y en aldeas de remotos parajes, empieza a asomar el verdadero rostro cultural de Nicaragua. Rostro de rostros, perfil de perfiles: Nicaragua, país múltiple, es también la tierra de los indios miskitos, que todavía llaman «españoles» a

los demás nicaragüenses, y es también la tierra de la cultura negra, de habla inglesa, de la costa atlántica. La revolución parte del respeto a esta pluralidad cultural: la campaña de alfabetización no es una campaña de *castellanización*, compulsiva y represiva, sino que se ha llevado adelante en los tres idiomas que constituyen el patrimonio lingüístico nacional. La unidad de la patria, tarea a realizar, tarea realizándose, no será pagada al precio del aplastamiento de las culturas «diferentes». Por primera vez, se las invita al diálogo en pie de igualdad, cada cual con su propia voz, y se empieza a

cubrimiento» y primera comunicación, que en realidad comienza en los años de la guerra, *se desencadena*, se arranca las cadenas, su prodigiosa potencialidad posible. La cultura estaba encerrada: socialmente, como privilegio de una clase; geográficamente, como monopolio de una región. Para romper esa doble jaula, y hacer posible el florecimiento pleno de la cultura nacional, se necesita *integrar* materialmente el país, y Nicaragua, arrasada por la dictadura, el terremoto y la guerra, no puede inventar en un santiamén las carreteras y los puentes, las escuelas, los hospitales y las vi-



«En Guatemala la palabra 'indio' se usa como insulto y un hombre puede ir a la cárcel por el simple delito de no hablar castellano, porque para la Administración pública no existen las lenguas autóctonas.» En la foto, un grupo de guatemaltecos.

saber que los mudos tenían mucho que decir.

Este proceso de rescate y revelación, proceso de *nacionalización*, no culmina con la alfabetización y la recopilación de mitos, leyendas, cantares, testimonios de historia y vida y recetas de medicina popular. Aquí comienza. Desde esta etapa de «des-

viendas que tan inmensa tarea exige. Tampoco puede en un abrir y cerrar de ojos distribuir en gran escala productos de cultura, ni medios de producción de cultura, suficientes para canalizar la energía creadora y la voluntad de comunicación que la propia revolución despierta. La puesta en marcha del desarrollo en las regiones más



«A través de todos estos años de revolución sandinista, y, sobre todo, después de la toma de poder, Nicaragua empieza a descubrirse a sí misma y a medida que el país va recuperando su identidad múltiple recupera también su historia.» En la foto, guerrilleros sandinistas en Nicaragua.

sumergidas, la incorporación de legiones de desocupados al mercado de trabajo, el éxito de la campaña de alfabetización y el fervor con que se multiplican las escuelas, las publicaciones y los talleres de poesía, no impiden que una enorme distancia separe, todavía, a las necesidades de las posibilidades.

El proceso de unidad nacional y conquista de la identidad cultural resultará largo y difícil, lleno de contradicciones, erizado de dificultades; y hay que tener en cuenta, en este sentido, que las regiones tradicionalmente marginadas, Nicaraguas exiliadas en la propia Nicaragua, prácticamente no participaron en la guerra contra la dictadura de los Somoza y son hoy por hoy, por su atraso y aislamiento, las más vulnerables a la acción ideológica y militar del enemigo.

Pero me parece muy importante subrayar que a través de todos estos años de revolución sandinista, a lo largo de la guerra y sobre todo después de la toma del poder, *Nicaragua empieza a descubrirse a sí misma*. Había sido, antes, «descubierta» por otros, y ahora se va descubriendo así misma, sorprendida de verse por primera vez, en más de una dimensión simultánea, enriquecida y ampliada por la insurgencia de un pueblo que ha

dejado de ser testigo de su propia desgracia y por el aporte de las ignoradas culturas de la minoría negra y la minoría indígena. La realidad plena había sido tradicionalmente escamoteada por el elitismo y el racismo de la cultura dominante, que siendo cultura de una clase y de una región, se llamaba a sí misma cultura nacional. Y a medida que el país va recuperando su identidad múltiple y multitudinaria, recupera también su historia. Se *nacionaliza* el pasado, a partir de la resurrección de la figura, antes mentida y prohibida, de Augusto César Sandino.

2 América Latina constituye, todavía, un enigma a sus propios ojos. ¿Qué imagen nos devuelve el espejo de las culturas dominantes? Una imagen rota. Pedazos. Pedazos desconectados entre sí: un cuerpo mutilado, una cara por hacer.

Las culturas dominantes, culturas de clases dominantes dominadas desde afuera, se revelan patéticamente incapaces de ofrecer raíz, identidad y destino a las naciones que dicen representar. «Son culturas cansadas, como si mucho hubieran hecho; a pesar de sus engañosos fulgores, expresan la parálisis de las burguesías locales, todavía hábiles para

copiar, pero cada vez más inútiles para crear. Amuralladas en grandes puertos y babilónicas ciudades, ignoran y desprecian la realidad nacional, o todo lo que en ella las contradice; y prácticamente se limitan a operar como correas de transmisión de las poderosas estructuras de la impotencia que el imperialismo ha montado, en escala mundial, para impedir que los pueblos sometidos piensen con su propia cabeza, sientan con su propio corazón y caminen con sus propias piernas.

En general, bien puede decirse que muchos centros de educación y casi todos los medios masivos de comunicación irradian mensajes traducidos, fabricados afuera y orientados a vaciar la memoria de América Latina y a evitar que se conozca a sí misma como realidad y se reconozca como posibilidad: la inducen a consumir y reproducir, pasivamente, los símbolos del poder que la humilla.

El proceso de honda transformación de Nicaragua está desenmascarado, como ya lo había hecho Cuba, dos piezas claves de este engranaje, *el elitismo y el racismo*, que niegan a las grandes mayorías el derecho a la creación y a la participación y mutilan una parte sustancial de nuestra memoria colectiva.

3 Nadie es, sospecho, demasiado diferente de la sociedad que lo genera. Los prejuicios que caracterizan a las culturas dominantes, interesadas en justificar y perpetuar la organización desigual del mundo, se reflejan también entre nosotros. Los intelectuales que decimos o queremos ser revolucionarios, o que al menos nos negamos a servir de cómplices a esa organización desigual y criminal, no estamos «vacunados» contra la ideología de la opresión. Quizás nuestra salud consista, como dice Juan Gelman, en saber que estamos enfermos —no mucho menos enfermos que el sistema que nos hizo y que quisiéramos ayudar a deshacer.

A menudo llamamos *folklore* a la cultura popular para ningunearla y reducirla al puro pintoresquismo, como solemos llamar *artesanía* a toda expresión de arte popular, para negarle la posibilidad de salirse de moldes mecánicamente repetidos. Sonrisitas perdonavidas aguardan al «artesano» que se crea «artista» y los indignadísimos maridos desenvainan la espada cuando cualquier tipo de la calle pretende besar a la señora Poesía. Yo no ignoro que estoy cometiendo pecado de demagogia y populismo al afirmar que uno de los más bellos poemas de amor de nuestro tiempo ha sido escrito por un anónimo preso político de mi país, el Uruguay, en una hojilla de fumar:

*A veces llueve y te quiero.
A veces sale el sol
y te quiero.
La cárcel es a veces.
Siempre te quiero.*

De demagogia y populismo se califica toda tentativa de violar la propiedad privada de la palabra y romper el privilegio de la creación artística, como si fuera «natural» un orden social que condena a casi todos al silencio. No resulta sorprendente, por lo tradicional, el poco o ningún lugar que las publicaciones culturales editadas en América Latina destinan a la difusión de la cultura popular, o la cultura no profesional, o como quiera llamarse a los decires y sentires de las clases oprimidas directamente expresados. Pero ocurre que las publicaciones de izquierda también ignoran, en general, la existencia de esa «otra» cultura, que sin embargo se manifiesta sin cesar en la vida cotidiana de la gente y en su inagotable capacidad de asombro, rebelión y picardía: escribimos *sobre el pueblo* y hasta en *nombre del pueblo*, pero rara vez compartimos con el pueblo los espacios de expresión que logramos conquistar.

Actuamos, en general, como si el pueblo fuera mudo, aunque hagamos todo lo posible para que no sea sordo. En un orden social donde tienen dueño las fábricas y las tierras, las casas y las personas, también la cultura tiene dueño; pero se equivocan quienes creen que la cultura revolucionaria se reduce al trabajo de los intelectuales revolucionarios y que la cultura popular no es más que el eco degradado de la voz del amo.

La incorporación del género *testimonio* al concurso Casa de las Américas, en Cuba, y la multiplicación de los talleres de poesía en Nicaragua (más allá de las polémicas desatadas sobre su orientación) constituyen algunos de los muchos signos de cambio que nos ofrecen, en este sentido, nuestras comarcas en revolución.

4 El desarrollo de las autonomías en España, impulsado sobre todo por la larga lucha de los vascos y los catalanes, y las recientes medidas de descentralización en Francia, han puesto en evidencia, una vez más, la crisis de un modelo de unidad nacional artificialmente impuesto. Miente la unidad nacional si se realiza al precio de la opresión de las culturas «diferentes», en función del dominio de una sola ciudad arrogante sobre el país en su conjunto.

A partir de las deformaciones de la época colonial, consolidadas durante el siglo pasado, América Latina padece un modelo super-centralista de organización del Estado, que tiene su núcleo en inmensos puertos o ciudades babilónicas. Desde esos centros, que imitan el modo de vida de las metrópolis extranjeras, se explota y se desprecia el espacio interior; desde esos centros operan las culturas dominantes, elitistas y racistas, para las cuales la realidad nacional es una gran espalda y una amenaza de barbarie: su tarea de represión y enmascaramiento sirve a los propósitos imperialistas de castración cultural. (Poco se ha difundido, aunque me parece muy revelador, el dato de que Cuba es el único país latinoamericano en el que las grandes ciudades no han crecido en los últimos 20 años —y eso en una región del mundo donde a fines de este siglo, según las apocalípticas profecías de los expertos, San Pablo tendrá 26 millones de habitantes y la ciudad de México 31 millones).

5 No existe ningún latinoamericano que no sea, en alguna medida, culturalmente mestizo. Somos todos frutos de mezclas culturales, sea cual fuere el color de nuestra piel —con la excepción, quizás, de algunas micro-

civilizaciones indígenas todavía sobrevivientes, en estado puro, en la floresta amazónica. Pero desde la época colonial hemos sido todos entrenados para ignorar nuestra fecunda pluralidad, negando a dos de nuestras tres madres culturales, despreciándolas o reduciéndolas a la superficialidad pintoresca y al puro espectáculo. Esta negación de las culturas de origen no europeo, cotidianamente visible en todos nuestros países, resulta particularmente dramática en lugares donde esas «otras» culturas, que han perpetuado su perfil esencial, son mayoritarias. De cada diez guatemaltecos, pongamos por caso, seis son indios, pero en Guatemala la palabra «indio» se usa como insulto y un hombre puede marchar preso por el simple delito de no hablar castellano, porque para la Administración pública y los organismos de Justicia no existen las lenguas autóctonas. Mientras la dirección de turismo invita a visitar la tierra de los mayas, los nietos de los mayas, víctimas principales de la guerra sucia de la dictadura militar, son despojados de sus tierras y asesinados y arrojados a fosas comunes bajo lápidas que dicen: NN, que significa *Non Nato*, que significa *No Nacido*.

Como ocurre con el *elitismo*, el *racismo* de las culturas dominantes también impregna a nuestras sociedades en su conjunto. ¿Cuántas veces hemos llamado o escuchado llamar *inculturas* o *culturas inferiores* a la cultura indígena y a la cultura negra y *dialectos* a sus lenguas? ¿Cuántas veces hemos llamado o escuchado llamar *superstición* o *brujería* a las religiones originarias de América y África?

Se puede prohibir el agua, pero no la sed. Desde que la aventura colonial en las Américas convirtió a los indios y a los negros en esclavos del desarrollo europeo, sus culturas han sobrevivido al mayor proceso de aniquilación de la historia humana. Al cabo de sucesivas campañas de exterminio, esas culturas se han disfrazado y se han escondido y han recibido mil influencias, pero han mantenido viva su identidad y vivo su mensaje. Hoy día continúan bridando a toda América, y no sólo a nuestra América Latina, *claves fundamentales de memoria y profecía*. Dan testimonio del pasado y a la vez encienden fuegos alumbradores del camino. Si tuvieran actualmente un interés meramente arqueológico, no seguirían siendo objeto de encarnizada represión, ni estaría el poder enemigo tan interesado en manipularlas para divorciarlas de la lucha de clases y de los movimientos populares revolucionarios.

En un mundo que reduce las rela-



«Se equivocan quienes creen que la cultura revolucionaria se reduce al trabajo de los intelectuales revolucionarios y que la cultura popular no es más que el eco degradado de la voz del amo.»

ciones entre personas a relaciones entre cosas, todos tenemos mucho que aprender de la vitalidad y el amor a la libertad de las culturas africanas, que no divorcian el pensamiento de la emoción, y de la esencial alegría de religiones que exaltan el cuerpo humano en vez de condenarlo. En un sistema asesino de la tierra y de la gente, que envenena el aire, pudre el agua y aniquila la tierra, las culturas indígenas de América nos dicen que la tierra es sagrada porque sagrados somos nosotros, sus hijos; y contra la ley capitalista de la selva, que tiene a la codicia por virtud suprema, se alza el ejemplo de solidaridad de las comunidades indias, que ayer inspiraron a Tomás Moro para crear su utopía y hoy nos ayudan a descubrir la imagen latinoamericana del socialismo, que hunde en la tradición comunitaria su más honda raíz.

6 La más honda raíz: fecundo es el mensaje de los más antiguos hijos de nuestras tierras, los más castigados, los que tienen, como decía José Artigas, «el principal derecho»; y fecundo para todos, incluyendo a los

países donde los indios han sido exterminados o reducidos a una minúscula minoría.

Pero que no se me entienda mal. El nacionalismo de derecha, que entra en la historia reculando, rechaza el marxismo por «foráneo» y cree que la cultura nacional se define por el origen de sus factores.

Si así fuera, pongamos por ejemplo, no habría cultura andaluza, porque los típicos patios de Andalucía vienen de la Roma imperial, las cancelas de la Florencia renacentista, y los floridos mantones de la China de los Ming; los churros son árabes y el *cante jondo* resultó de la mezcla de música gitana, melodías árabes y cantos hebreos.

Fue un alemán quien inventó el bandoneón, en el siglo pasado, con la intención de crear una especie de armonio portátil, útil para tocar música sacra en las procesiones de su país; pero el bandoneón se escapó de Alemania y antes de caer en las manos de Anibal Troilo ya se había convertido en el más típico instrumento del tango rioplatense —cuyo cantor más importante, Carlos Gar-

del, nació en la ciudad francesa de Toulouse.

Los ejemplos podrían multiplicarse al infinito. Bien advierte José Juan Arrom que el cubanísimo daiquiri viene de la caña de azúcar que trajo Colón, del limón que llegó de Andalucía y de las técnicas extranjeras de elaboración del azúcar y el hielo. «Lo único nuestro», dice Arrom, «sería el haberlos combinado en una síntesis que es, como nuestra cultura, suma de factores provenientes de diversas zonas, y que aquí se han unido fuertemente para formar algo nuevo, distinto, propio».

En un ensayo vinculado con estos temas, Roberto Díaz Castillo menciona certeramente el caso de la cultura vietnamita actual, río de aguas allí nacidas y también llegadas de otras comarcas, como el budismo de la India, el confucianismo de China y el marxismo de Europa.

La cultura nacional se define por su contenido, no por el origen de sus factores, y cuando está viva cambia sin cesar, se desafía a sí misma, se contradice y recibe influencias externas que a veces la lastiman y a veces

la multiplican y que suelen operar simultáneamente como peligro y como estímulo. Sería un acto de irrealidad y una estupidez reaccionaria proponer el rechazo indiscriminado de los aportes culturales europeos y norteamericanos ya incorporados a nuestro patrimonio y al patrimonio universal, reduciendo arbitrariamente esas culturas vastas y complejas a los mecanismos de alienación imperialista en ellas implícitos. El anti-imperialismo también padece enfermedades infantiles. La negación de lo que nos niega no tiene por qué implicar la negación de lo que nos alimenta. América Latina no tiene por qué renunciar a los frutos creadores de culturas que han florecido, en gran medida, gracias a un esplendor material para nada ajeno a la explotación despiadada de nuestros hombres y nuestras tierras.

7 Mil símbolos, mil razones y misterios, me dicen que soy gotita de cierta mar, puñado de cierta tierra, ladrillo de cierta casa por hacer: la cultura nacional, identidad compartida, memoria colectiva, viene de la historia y a la historia vuelve sin cesar, transfigurada por los desafíos y las necesidades de la realidad. Nuestra identidad está en la historia, no en la biología, y la hacen las culturas, no las razas; pero está en la historia viva. El tiempo presente no repite el pasado: lo con-

tiene. Pero, ¿de qué huellas arrancan nuestros pasos? Las culturas dominantes mienten la historia y la encierran en los museos; nuestras clases dominantes, amenazadas, quisieran un mundo inmóvil.

En Cuba y en Nicaragua, la historia se ha fugado de los museos para realizarse en los campos y en las calles. Las revoluciones implican la recuperación de la memoria nacional, que es una clave de identidad. En diversas formas y en grados diversos, movimientos semejantes se habían desencadenado, en ese sentido, en México y en Bolivia, a partir de 1910 y 1952 respectivamente, y en Chile y en Argentina durante los fugaces gobiernos de Allende y Cámpora.

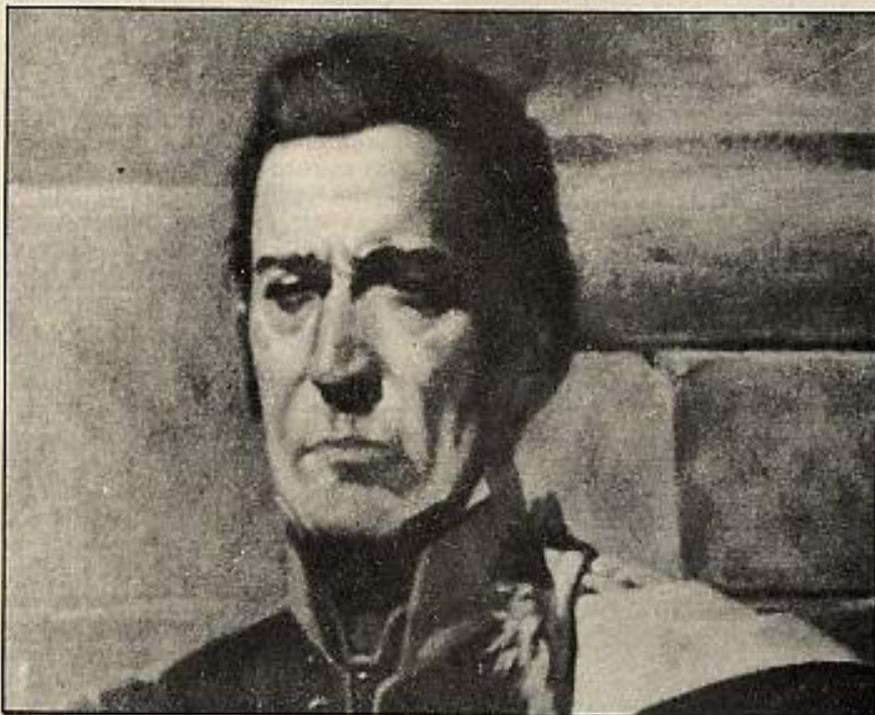
En general, nuestros países, que se ignoran a sí mismos, ignoran su propia historia. El estatuto neo-colonial vacía al esclavo de historia para que el esclavo se mire con los ojos del amo. Se nos enseña la historia como se muestra una momia, fechas y datos desprendidos del tiempo, irremediabilmente divorciados de la realidad que conocemos, amamos y padecemos; y se nos ofrece una versión del pasado desfigurada por el elitismo y el racismo. Para que ignoremos lo que podemos ser, se nos oculta y se nos miente lo que fuimos.

Europa es el Universo. Poco o nada aprendemos del pasado precolombino de América y ni qué ha-

blar del Africa, a la que conocemos a través de las viejas películas de Tarrán. Se nos enseña la historia de cada uno de nuestros países al margen de la historia de los demás; las sublevaciones indígenas y las rebeliones de esclavos negros se mencionan al pasar, cuando se mencionan, como episodios de mala conducta; los grandes procesos económicos y sociales no existen ni como telón de fondo y los héroes, hombres de bronce siempre ataviados de fiesta, actúan por inspiración divina, solitariamente: en el duelo entre el bueno y el malo, las masas cumplen pasivamente su papel de comparsas.

Así los niños de Puerto Rico aprenden que han nacido en una isla con demasiada gente y vacía de recursos, condenados a depender de una potencia extranjera desde que estaba habitada por indios tontos y haraganes; y muchos niños de Venezuela creen que Guaicaipuro, héroe de la resistencia indígena contra la conquista española, es nada más que el nombre de un trofeo anual de la televisión. En los textos de historia del Brasil, merece a lo sumo un par de líneas la experiencia de Palmares, donde los esclavos negros vivieron libremente durante todo el siglo XVII derrotando a las sucesivas expediciones militares de portugueses y holandeses; y en los textos argentinos se reduce la historia nacional a las dudosas hazañas del puerto de Buenos Aires. En el Uruguay se olvidan de que José Artigas encabezó la primera reforma agraria de América... Los ejemplos serían de nunca acabar.

Decía José Gervasio Artigas —en el retrato—, fundador de la nacionalidad uruguaya, que los más antiguos hijos de las tierras sudamericanas, los más castigados, son los que tienen «el principal derecho».



8 A través de sus aciertos y sus errores, las revoluciones que están siendo anticipan una asombrosa realidad posible. ¿Qué ocurrirá cuando nuestras tierras ciegas se laven los ojos? ¿qué imagen deslumbrante se alzará al fin de los siglos del enmascaramiento y el terror, cuando la realidad deje de ser un misterio y la esperanza un consuelo? Cuando el poder sea de todos y la palabra también, nuestras tierras, ¿qué dirán? ¿cómo será la síntesis de todos los colores y los dolores del hombre, en esta América nuestra de ternuras y magias y violencias?

Más temprano que tarde lo sabremos, porque nuestros pueblos están realizando la profecía de Chilam Balam, el que fue boca de los dioses, cuando en vísperas de la conquista española anunció que alguna vez se acabará el tiempo de la codicia y se desatarán las piernas, se desatarán las manos, se desatará la cara del mundo.

■ E.G.